

The R.A. patterns trip

En anteriores entregas de hace algunos años Rocío Arregui cultivaba un mundo con iconos, de perfiles y de hebras, de volutas y bucles, quizás llevada entonces por una inmediatez plástica que se cifraba en intenciones de dibujo, y que lógicamente dejaban por resultado líneas que se hilvanaban en figuras estilizadas y símbolos, que por lo general se complacían en su propio trazado en dinámicos arabescos. Se trataba, más que nada, de ensoñaciones y ejercicios aéreos de pincel, relacionados con el mundo, más bien de la aguja y los tejidos; eran tramas y perfiles, grafismos interconectados en circuitos imprevisibles. Una obra con claras conexiones con el universo de la escritura automática y el mundo, espacial y caprichoso, de los caligramas.

Aquellas obras incipientes más que pintura, con sustancia construida, trataba de arabescos de pincel y remitía a los efectos del movimiento del talle de la mano; todo ello en convivencia con transparencias y aguadas de color depositadas sobre el lienzo. Así, la inmediatez y la transparencia, junto con un sentido de levedad, confirmada en los grafismos y el papel preponderante del valor del arabesco-escritura, tenían un protagonismo decisivo en sus propuestas de entonces. Unas obras que se insertaban en una práctica pictórica que se inscribía entre la inercia del uso de los materiales y la tradición. Pero, en donde ya podía vislumbrarse una mano femenina, que en el caso de R.A. ha sido algo que ha estado siempre presente, consciente de esa misma condición, y donde la artista presentaba ya una voluntad de decirse así misma; aun en condiciones no explícitamente resueltas, indecisa tal vez, por acogerse al mundo de las metáforas y de los emblemas, o bien, por una implicación más conceptual; pero, donde ya se nos mostraba dispuesta al juego de aludir con símbolos; utilizando aquellos que abastecen y refieren el mundo de Lo Femenino, mas allá de la iconología que ha construido una determinada feminidad, entendida esta como *ideología de género*. La artista parecía en aquellas fechas, buscar en sus obras además de cierta justificación en ese sentido, cierta vinculación entre formas y contenidos, sin alegrarse no obstante del mundo de la expresión y la inmediatez. Cercana en el uso de aquel lenguaje a cierto primitivismo, afinado en lo automático.

En efecto, así fue utilizado por la artista de manera recurrente como *escritura propia* en muchas de sus otras producciones posteriores. De ahí, pasó poco después al mundo de los perfiles antropomórficos, que llevaría a R.A. a la búsqueda de analogías y de perplejidades visuales, de efectos formales con más o menos contenido: vulvas vegetales, cuevas germinativas, umbrales de fertilidad, fuentes y grutescos...metáforas sexuales y de la condición femenina. En esta línea surgieron series y obsesiones momentáneas, en las que R.A. se sumergió temporalmente, entre exploradora y sacerdotisa-descubridora de *viajes mentales*, llevada por la trascendencia y los efectos psicológicos de las formas-símbolo.

En esa fascinación, sin renunciar a lo cultural en aras de un lenguaje pretendidamente más universal y manteniendo un talante expresivo con incursiones más o menos en territorio conceptual, R.A. se interna en el mundo de los Patterns. Una serie de elementos encontrados y alusivos a un

mundo, entre doméstico y suntuario a la vez que preciosista, que en el caso de la trayectoria de la artista invitaba de nuevo a la complacencia y a los contrastes; al hallazgo de nuevos vértigos creativos. Parecía nuevamente sentirse R.A. cómoda entre las cretonas y los estampados, con la costura y los hilvanes, recortando, añadiendo, superponiendo, agujereando y recomponiendo, buscando gamas y sorpresas visuales. Sin duda refinando mucho más sus propuestas que ahora tienen mucho más de hallazgos y de construcciones, como es el caso de la serie de los patios y de los ciclos estacionales. En donde la pintura hace acto de presencia definiendo, complementando, o apoyando tensiones compositivas, aludiendo o aportando nuevas fugas que recomponen y definen la estructura del cuadro. *Cuadro*: un modo de entender la superficie como algo emotivo, que la artista no abandona, a pesar de sus incursiones y derivaciones hacia el concepto. Un trabajo que la artista simultanea, consciente ya de su inserción cultural y de su sentido artístico actual. Toda una estrategia responsable dentro de *lo contemporáneo*.

Justamente, como una derivación que cuaja en estos nuevos cuadros, la artista quiere insistir en ellos con femenina energía, evidenciando así su propia gestión compositiva e insistiendo en lo que estas nuevas obras tienen de resolución construida. En definitiva, estas nuevas propuestas de R.A descansan en un punto de partida más matérico, o digamos objetual, que a modo de *collage* se va expresando y articulando; complementándose con aportes pictóricos que aluden, más que explican, situaciones, atmósferas y estados psíquicos. En definitiva deseos. No a otra motivación parece responder su serie de patios. Aparecen así, en su imaginario, *Extrañas Flores*, explícitas y complejas, pasionales, exóticamente tristes o alegres, mórbidas o inocentes, oscuras, báquicas, o luminosas..., siempre crispadamente mediterráneas que la artista ordena por ciclos estacionales. Pájaros ocultos, paisajes imprevisibles. Volver a explicar el mundo desde su propia óptica, desde su *pulso* personal. ¿Tal vez nos invita a un viaje interior?

Nuevas sensaciones ahora dramatizadas por R.A. con un *feeling* especial, que nos hacen recordar mundos pictóricos y *voces*. Ecos tan dispares como Moreau, Pechstein, Schmidt-Rottluff, o tal vez, en lo que tienen estas obras de germinal energía, al incipiente Pollock. Una energía, desde luego en el caso de R.A. siempre femenina que no quiere dejar de ser en ningún momento algo conectado con el universo mítico, porqué no decirlo, de la pintura.

Juan Fernández Lacomba.
Sevilla 2006.